

COMO SI FUERA AYER...

Pedro Martínez Montávez

Una apreciadísima discípula me hizo, la semana pasada, un precioso regalo: un ejemplar del último poemario de Adonis, titulado *Fihris li-^amāl al-rīḥ* (*Índice de los trabajos del viento*), publicado en Beirut el pasado mes de febrero. El gran poeta escribe, en la última parte del libro, una serie fascinante de "como-aforismos", alados y profundos, densos y transparentes. Dice uno de ellos: "¿Qué es la memoria? Una casa que sirve sólo de morada para las cosas ausentes". Y otro: "¿Qué es la amistad? Un segundo sol". Me gustaría, María Eugenia, que las amigas y amigos que aquí estamos ahora contigo pudiéramos iluminar, cálidamente, algunas cosas del pasado compartidas, ausentes tal vez ya, pero no perdidas. Para que vuelvan a habitarnos.

Yo te situé, al ritmo recuperándose, gradualmente ascendente, de la memoria, en tres ámbitos precisos, que corresponden a tres situaciones concretas y reciben el nombre de tres ciudades: Alejandría, Madrid y Sevilla. Es decir: modalidades de nuestro Oriente y nuestro Occidente. Quizá, mejor dicho, combinaciones de Occidente-Oriente trenzados, taraceados, complementarios. Tal vez, una experiencia en embrión de moaxaja que quiere escribir la vida, y no la literatura. Confieso que hay un pequeño desplazamiento por mi parte al situarte así, y tiene que ver con el primero de esos tres espacios. Porque te recuerdo y situé en Alejandría, pero desde El Cairo, desde donde estaba yo por aquel tiempo.

Pero estoy convencido de que, al hacerlo así, no yerro ni te altero. Eres tú quien ocupa ese espacio. Es curioso tu caso, María Eugenia, y a mí, personalmente, me parece muy significativo. Tu juvenil experiencia egipcia fue, al tiempo, un contraste y un enlace: viviste en Alejandría; has escrito principalmente sobre El Cairo. Considérate en eso una privilegiada. No sé si alguna vez te has fijado en ello. Yo te animo a que lo hagas, si aún no lo has hecho. Alejandría y El Cairo -¡tan egipcias ambas, tan cercanas y al tiempo también tan distantes!- abren y conducen dos opciones, matizadamente diferenciadas, de ser arabista. Digo sólo matizadamente diferenciadas, y no contrarias y excluyentes entre sí. Afirmar esto sería un disparate, una clara transgresión de la realidad. Dos opciones de ser arabista porque son también dos opciones matizadamente diferenciadas en Egipto. Voy a hacer una única referencia al respecto, que tú sabrás entender y valorar como pocos: en Alejandría, por Alejandría, pueden acompañarte y conducirte Tawfiq al-Hakim, Naguib Mahfuz, Amal Dunqul, y tantos otros grandes escritores egipcios contemporáneos, pero también Cavafis, Durrell, Ungaretti, y tantos otros no menos grandes escritores occidentales contemporáneos. En El Cairo, esto no es posible. Por eso te digo que has sido una privilegiada, con raro privilegio, que pocos han tenido. Lo aprovechaste espléndidamente, fijándote en Mahmud Taymur: estudiando y analizando su Cairo con acierto y sensibilidad, traduciendo primorosamente sus relatos. Fíjate en ello y valóralo como la cosa lo merece: no es frecuente,

ni fácil, asociar, combinar, equilibrar. Me atrevo a describir lo que tú hiciste mediante un símil gramatical árabe: sentiste y pensaste en clave de *fa*, y no de *wa*.

¿Recuerdas aquellos años de Madrid? Pletóricos, ilusionados, fecundos, gratísimos. Seguro que sí, que los recuerdas nítidamente, que los tienes presentes todavía y te calientan los rincones del alma. A mí me pasa lo mismo, porque son absolutamente imborrables. Aparentemente, nuestras ocupaciones, nuestras actividades, nuestros proyectos, estaban repartidos; de hecho, estaban absolutamente hermanados, integrados. Tú y yo lo sabemos muy bien, ¿verdad? Trabajar en la antigua Universidad Complutense y en el moderno Instituto Hispano-Árabe de Cultura era lo mismo: no había escisión alguna, sino trabazón y continuidad plenas. Perdóname otra veleidad eruditoide gramatical: no era escribir con *hamza*, era escribir con *waṣla*. No hay por qué ser petulantes ni vanidosos -la vida le va enseñando constantemente a uno que la petulancia y la vanidad son sólo escombros, miseria, irrealdad-, pero sí hay que recordar y afirmar, una y otra vez, que en ambos lugares y situaciones hicimos algo por lograr lo que resultaba ya totalmente necesario, urgente y positivo, algo que se había ido retrasando demasiado tiempo: la renovación del arabismo español. Y creo que lo hicimos con generosidad, con comprensión, con paciencia. Un antiguo poeta místico andalusí había dicho que "de nada sirve luchar contra la mar, porque la mar es inmensa". No nos arredró, no nos asustó, ninguna clase de inmensidad, de incomprensión ni de sordo y ciego vendaval. Corazones y mentes raquíuticos calificaron de "rupturismo iconoclasta" lo que no era sino lúcido deseo de abrir puertas al campo y reflejar de forma más extensa y real la propia realidad; en el fondo, servir a la tradición de la única manera que se le puede servir auténticamente: dinamizándola, revitalizándola. Podemos estar satisfechos: los hechos nos han dado la razón. Yo creo que ya nadie, en su sano juicio, habla de "rupturismo" ni de incompatibilidad entre "lo antiguo" y "lo moderno". Sencillamente, han abierto los ojos, y con los ojos limpios han contemplado la realidad. Se han convencido. Hacía falta solamente eso: una limpieza de ojos. Creo sinceramente, sin autoelogios improcedentes y raheces, que a nosotros se debe gran parte de aquella limpieza. Tuvimos también la gran dicha de encontrar un espléndido abanico de ojos jóvenes, de arabistas en ciernes entonces -ahora excelentes maestras y maestros y estimadísimos colegas- que nos brindaron sus pupilas semiabiertas.

Y Sevilla... Este prisma esponjoso y de reflejos, siempre abriéndose, siempre cerrándose, que es Sevilla. Yo pude compartir contigo durante poco tiempo la experiencia sevillana; bueno, contigo y con Paco, que ya era también parte de ti, y hasta parte de todos nosotros, quienes llegábamos de fuera. Aquella Facultad de comienzos de los años setenta no podía concebirse ni vivirse sin Paco, sin el profesor Presedo Velo, sin tu marido. Una de las espinitas doradas que llevo en mi corazón, no sólo profesional, sino también, y sobre todo, humano, es que yo estuve poco tiempo en Sevilla, estuve poco tiempo con vosotros. Pero, como dice el título del último poemario de Adonis que al comienzo he citado, el viento tiene sus propios trabajos. Y he de decir también que no lo lamento: el viento que me empujó de Sevilla y me devolvió a Madrid me ha colmado de felicidades. Gracias a ellas he podido superar la inmensa nostalgia que tengo de esta ciudad, que tengo de este departamento, que tengo de todos vosotros.

¿Recuerdas, Eugenia, aquel año de Sevilla? Por muchas y muy diversas razones, aquí, en esta universidad, el árabe estaba totalmente arrinconado. Y digo arrinconado con plena intención y significado, porque lo habían recluso en un rincón casi infecto. En Sevilla, en donde estaba una de las más antiguas cátedras de Lengua Árabe de toda España. En fin, son cosas pasadas, y ya afortunadamente en trance de superación y reparación, en las que no quiero insistir. ¿Recuerdas, María Eugenia, lo que supuso para nosotros trasladarnos a aquel nuevo local "cuasi departamental", que gozaba de luz cenital -como me decía algún compañero universitario- y que disponía de dos salas bastante espaciosas? ¿Recuerdas cómo empezamos a desarrollar aquella raquílica biblioteca existente entonces? ¿cómo tratamos de decorar y alegrar un poco, en la medida de las escasas posibilidades con que contábamos, aquel local? ¿cómo nos empeñábamos en enseñar a los estudiantes con métodos más atractivos, más adecuados y también más científicos y pedagógicos? En aquel año único de mi estancia sevillana tu colaboración, en concreto, fue totalmente decisiva y ejemplar. Me parece que esto se sabe en esta Facultad, en esta Universidad, que lo saben tus compañeros. Pero yo quiero también expresarlo ahora, y dejarlo bien asentado, al tiempo que te lo agradezco de nuevo de todo corazón.

Éstos son los tres ámbitos, las tres circunstancias, las tres labores, en que te sitúo preferentemente y de lo que puedo hablar con conocimiento de causa, porque lo he compartido contigo. Eugenia, siéntete por todo ello tranquila y satisfecha, en este momento en que decides alejarte algo, simplemente, pero no desaparecer. Eugenia, la mayor riqueza está dentro de nosotros mismos; debemos tan sólo ir reconociéndonos, redescubriéndonos continuamente, sin agobios y sin desmayos.

Estoy leyendo también estos días una antología de relatos de una gran escritora egipcia actual, de una gran mujer, de una gran luchadora por la humanidad: Salwa Bakr. Me he acordado muy especialmente de ti, de la circunstancia actual de tu existencia, leyendo el que se titula "Esa bella voz secreta". Dice así uno de sus fragmentos: "A la mañana siguiente, cuando comenzó a cantar, Sayyida se sintió presa de una gran excitación.... Estaba embargada por la sensación de que era otro ser, un ser que no guardaba relación alguna con la Sayyida que ella conocía...De pie, ante el cristal que reflejaba su imagen, cantó *Amo la vida en libertad* y su voz brotó completamente nueva, potente, pura y clara, como una joya que no tiene precio. Se observó en el espejo, los labios danzando con las melodiosas palabras, los ojos lanzando chispas de emoción, las mejillas sonrosadas con sangre que imaginaba brotando de ocultos manantiales en su cuerpo". Guardamos muchas más voces secretas que las que suponemos. Para descubrirlas, tenemos tan sólo que penetrar, a fondo, con decisión, en nosotros mismos. Y la voz secreta, que hasta ahora no conocías, aparecerá. Te embargará. Te dará nueva vida. Seguirás siendo tú, siendo también otra. Sencillamente, porque encontrarás nuevas dimensiones y capacidades en ti misma. El sol segundo, y el tercero, y el cuarto, que te devolverán, de nuevo calientes e iluminadas, las cosas que creías ausentes. Y no lo están, Eugenia, ten la seguridad de que no lo están.

Sevilla, Octubre de 1998.

